

Suplemento

octubre
2023

La extrema derecha contra la democracia

HEINRICH
BÖLL
STIFTUNG

LA LENTA MUERTE DE LA DEMOCRACIA

La amenaza es real

El triunfo de Javier Milei en las elecciones presidenciales pondría a la democracia argentina ante un riesgo enorme, quizás fatal. Comprender la gravedad de lo que se viene es necesario para articular un amplio frente democrático, sostiene Alejandro Grimson en esta nota, que abre el proyecto “La extrema derecha contra la democracia”, coordinado por el autor.

Alejandro Grimson*



Nicole Eisenman, *Huddle*, 2018 (fragmento)

¿Puede realmente ganar las elecciones Javier Milei? Sin lugar a dudas. ¿Sería un gobierno democrático? Estaría encabezado por un Presidente que ha formulado declaraciones públicas que sugieren un escasisimo apego a la democracia. ¿Moriría repentinamente una democracia que demoramos 40 años en construir? Probablemente no, pero quedaría herida. Hoy las democracias mueren lentamente, no por un golpe de Estado.

¿Pero Milei no se presenta a elecciones? ¿Un gobierno surgido de las urnas no es un gobierno democrático? La historia está repleta de líderes autoritarios que llegan al poder a través de las urnas y que, una vez en el gobierno, pervierten la democracia hasta romperla. Milei profesa una ideología antipluralista, no defiende la libertad de quien piensa diferente a él, e integra una red internacional que incluye a toda la extrema derecha global, con fuerzas desde Estados Unidos y Brasil, hasta España y Chile, una articulación internacional para destituir los mecanismos asentados de decisión popular.

En Estados Unidos y en Brasil, los gobiernos de Donald Trump y Jair Bolsonaro fueron derrotados en las urnas luego de cuatro años en el poder e intentaron promover acciones violentas contra la decisión soberana. Irrumpieron en el Capitolio, en el primer caso, y en las sedes de los tres poderes de la República, en el segundo.

Considerando estos antecedentes internacionales, las declaraciones públicas de Milei y las de sus aliados, es probable que su gobierno sea peor de lo que podemos imaginar. Por estos días algunos medios periodísticos se preguntan o destacan la improvisación económica y la inestabilidad emocional del candidato libertario, que se da aires académicos y apela a lecturas variadas, aunque acumula denuncias de plagio y siembra citas con pies de barro.

Pero Milei no está improvisando. La catástrofe económica que produciría un gobierno suyo está fríamente planificada. Destruiría la moneda, la soberanía, la industria y la producción científico-tecnológica. Las universidades perderán décadas de acumulación. Es probable que muchos

científicos, privados de la posibilidad de trabajar libremente, se vayan del país, como una “noche de los bastones largos” en versión siglo XXI. Todo quedará librado al “dios” mercado.

Las razones que llevan a la sociedad a expresar su bronca y su esperanza a través de Milei son legítimas; no así las pretensiones autoritarias del líder.

En la primera etapa del surgimiento de líderes de extrema derecha, los votantes, en su inmensa mayoría, no lo son. No votan por motivos ideológicos, no necesariamente adhieren a todo el programa político ultraderechista. En este caso, alcanza con dos palabras de una potencia inusitada: la “casta” como explicación y la “dolarización” como solución. Se trata de un voto de hartazgo, bronca, anti-statu quo, anti-establishment, anti-“casta”. Y se trata de un voto esperanza en el orden, la promesa del fin de la inflación, todo sintetizado en la idea de “dolarizar”.

En este contexto, el apoyo a Milei tiene similitudes con el voto a Bolsonaro en las elecciones de 2018. En cambio, el voto a Bolsonaro del año pasado, cuando fue de-

rotado por Lula, ya tenía un gran componente ideológico pos-fascista. Bolsonaro perdió la reelección, pero en cuatro años de gobierno dejó a un cuarto de la población ideológicamente consolidada. Eso aún no ocurrió en Argentina. Esa será su batalla cultural.

Bronca, hartazgo, una dirigencia que no pudo o no supo resolver el problema de la inflación y los bajos ingresos, que tiene demasiadas luchas percibidas como palaciegas por una población que atravesó demasiados años de penurias y pérdidas. Todo esto comenzó con el fracaso económico estrepitoso de Macri y la deuda que contrajo. Y después cada quien arma el rompecabezas del fracaso como quiere, pero a los errores de la heterodoxia realmente existente les cayeron los efectos de la pandemia, la guerra, la inflación global y la sequía nacional. En todo caso, ya son muchos años de crisis, con la inflación más alta en décadas. Es lógico que la población vote contra eso. Comprender no implica compartir, ni justificar.

La democracia amenazada

Figuras como Milei, presentadas como *outsiders*, dicen: “Todos son responsables, yo soy el salvador”. Es un fraude de presentación. Empleado de uno de los más grandes empresarios de Argentina, consultor de un genocida, acompañado por una candidata a vicepresidenta que lucha por la memoria de las víctimas del “terror guerrillero”, con un plan económico hijo de la misma dictadura que impuso el terror, la realidad es bien diferente. Fue con las ideas de Milei que Argentina ingresó en los peores años de su historia. Milei viene para cerrar con éxito lo que fracasó en 1976. Viene para arrasar con el agregado de valor argentino. Viene para romper el “empate hegemónico”. Su proyecto es desempatar para los grandes capitales de una vez y para siempre. Quienes aseguran que durará tres meses no tienen idea de lo que va a ocurrir.

Desde 1983 hasta hoy la democracia argentina enfrentó diversas amenazas. Alzamientos carapintadas, un militar genocida elegido gobernador, líderes autoritarios votados como diputados. Pero nunca hubo una amenaza más concreta que la actual: un líder antidemocrático como Milei encabeza las encuestas presidenciales. Estamos en una nueva etapa histórica, global y nacional. La democracia liberal ya no es parte del consenso.

A esto hay que agregar un punto crucial: las democracias tambalean –sin morir– en varios países de América y Europa. El consenso de los 90, que consistía en aplicar el ajuste neoliberal bajo el paraguas de democracias liberales, se quebró a partir de 2016, con los triunfos de Trump y Bolsonaro. Hoy el capitalismo financiero se impone de otra manera. Este crecimiento global de las extremas derechas comenzó después de la crisis económica de Lehman Brothers, la dificultad de muchos países para mantener las certidumbres del Estado de Bienestar, la crisis de la pandemia y la inflación

de los años posteriores, que generó un crecimiento exponencial de la desigualdad. En Argentina el fenómeno llegó más tarde, posiblemente por la relevancia histórica del Pacto del Nunca Más y el rechazo a la violencia política. Pero al mismo tiempo la crisis estructural, producto de la deuda y la sequía, es más grave que en otros países.

En estas circunstancias, las fuerzas democráticas argentinas deberían unirse para enfrentar a Milei. Pero la grieta impide la comunicación. En Alemania, donde la extrema derecha se ha convertido en una potencia política, los partidos democráticos tienen la decisión firme de construir alianzas para impedir que puedan acceder a los gobiernos de los “estados federados” (equivalentes a nuestras provincias), un acuerdo del que participan la socialdemocracia, los verdes, los liberales y los conservadores. Nadie se ha aliado a la extrema derecha ni ha caído en la tentación de coquetear con ella, aunque electoralmente siga creciendo. El “cordón sanitario” se mantiene. Es cierto que se trata de un sistema parlamentario, donde el aislamiento es más factible, pero la experiencia de Francia demuestra que es posible hacer lo mismo en un sistema presidencial. La regla básica –y máxima– es que no se negocia ni se coquetea con la extrema derecha, porque fue así como Hitler, Mussolini, Bolsonaro y tantos otros llegaron al poder.

En Argentina, en cambio, Patricia Bullrich y Mauricio Macri coquetean sistemáticamente con Milei, legitimándolo como parte del sistema democrático. Del mismo modo, Luis Barrionuevo o incluso Omar Perotti han dicho que podrían votar a Milei. Todo gesto o declaración positiva o diálogo con Milei pasará a la historia como un error fatal o como un signo de oportunismo que contribuyó a clavarle un puñal a la democracia.

Después de imágenes centrales del pacto democrático, como Antonio Cafiero en el balcón de la Casa Rosada expresando su apoyo a la democracia presidida por Raúl Alfonsín, o como la solución institucional a la crisis del 2001, uno esperaría que el arco político hubiera madurado y ofreciera una salida institucional a una de las crisis económicas más devastadoras que le tocó vivir al país. Lejos de un gobierno de unidad, que batallas en todos los frentes para afrontar la calamidad y reducir sus consecuencias, la perspectiva es la de una polarización a la que ahora se le vino encima el ascenso de Milei.

El espectáculo es demasiado distante, porque ya es evidente que no se trata de errores adjudicables a una u otra persona, sino a una estructura disfuncional, que la mala fortuna ha retroalimentado de un modo inclemente y corrosivo. Cada persona y cada sector político ha tenido la oportunidad de probar sus recetas. Pero nadie tiene un horizonte preciso para ofrecer a una sociedad exhausta, escéptica y desesperanzada.

El autoritarismo avanza

Nada está definido. Pero un “pichón de dictador” obtuvo el primer lugar en las PASO. Bullrich prometía “todo o nada” mientras apelaba a la represión como promesa de campaña. ¿Es exagerado hablar de “pichón de dictador”? La democracia, según Churchill la peor forma de gobierno con excepción de todas las demás, no admite ambigüedades. Los candidatos están a favor o en contra de la democracia. Milei está en contra, y lo dice a su estilo, con una cita académica. En una entrevista en TN, Luciana Geuna le preguntó: “¿Usted cree en la democracia?”. Después de un silencio, Milei dijo: “Digamos, yo creo que la democracia tiene muchísimos errores”. Geuna insistió: “Puede tener muchísimos errores, pero ¿usted cree en la democracia?”. Milei intentó interrogar a Geuna: “¿Conocés el teorema de la imposibilidad de Arrow?”. Y siguió por ese camino, apelando a una divulgación muy cuestionada según la cual aquel teorema demostraría la imposibilidad de soluciones democráticas. Quitemos a Arrow del asunto, porque Milei lo leyó mal o lo tergiversa. Pero haya lo que haya dicho Arrow sobre la democracia, las democracias estadounidenses, europeas o latinoamericanas son acuerdos sociales y políticos de las comunidades, no aplicaciones verdaderas o falsas de teoremas económicos. En todo caso, lo importante es que Milei da esta vuelta para rechazar la democracia. Percíbese bien: no habla de “fallas de la democracia en Argentina”, de “problemas”, “temas pendientes”. Habla de la democracia como sistema.

Por supuesto, no se trata de un problema teórico, sino político. La vocación autoritaria de Milei va a afectar los intereses de los trabajadores y los pobres, con sus ingresos, sus empleos, su protección. El objetivo del peronismo es que todos los trabajadores vivan como aquellos que están registrados y bajo convenio. En su mejor momento de este siglo, durante los mejores años del kirch-

nerismo, logró que el 70% alcanzara el trabajo registrado, pero el 30% quedó afuera, incluso después de 12 años. Hoy la situación es mucho peor: el 50% está afuera, el fifty-fifty de la tragedia social. Hoy quienes no cuentan con estos derechos ya no tienen la ilusión de conseguirlos, como sí la tenían antes. Y a ambos sectores, trabajadores en blanco y trabajadores precarizados, les preocupa, más que eso, la inflación, el aumento de precios, la pérdida de ingresos.

Podemos –y es necesario– discutir las causas que generaron el divorcio entre el gobierno y la sociedad. Pero Unión por la Patria obtuvo en las PASO 6 millones de votos menos que el Frente de Todos en 2019, prácticamente la mitad. Y es probable que una parte de los menos de 7 millones que mantuvieron su voto lo hicieran porque saben que la promesa del ajuste, del todo o nada, del autoritarismo y de la represión llevarían al país a un punto de gravedad inusitada.

Podría ser otra vuelta del “péndulo argentino”, del “empate hegemónico”, donde ninguno de los dos sectores logra imponer su proyecto por la potencia de la oposición de su adversario. Si así fuera, aclaremos que no se trata sólo de “péndulo” o “empate”. Los años pasan y la tendencia general es un deterioro general. Pero también, y esta es la ilusión de Milei y del “todo o nada” de Bullrich, podría ser la “solución” al empate. Podría ser el desempate, como logró Carlos Menem al asegurar su hegemonía derrotando a sindicatos, movimientos de derechos humanos y partidos opositores. Un desempate de ese tipo abriría otra época histórica y sería el inicio de un país desconocido, pero fácil de adivinar, con grandes similitudes con otros países de la región, más pobres y desiguales.

Argentina ya ha ingresado a una nueva etapa histórica. Así fue en la crisis de 2001-2002, así fue en 1982-1983. No es el único caso. Desde el triunfo de Trump y Bolsonaro, varios países ingresaron a esa etapa de rechas extremas y de final del “neoliberalismo progresista” (ajuste con reconocimiento de minorías), de la muerte definitiva de las promesas de la globalización de los 90, del Consenso de Washington y del “fin de la historia”. En algunos países esas fuerzas construyen nuevos partidos, como Vox en España. En otros, radicalizan partidos tradicionales, como Trump con el Partido Re-

publicano. En Argentina están las dos opciones: Milei al frente de un partido nuevo y Bullrich radicalizando una coalición tradicional. En la etapa anterior, todo el ajuste debía tramitarse dentro de los marcos de la democracia liberal. Hoy la democracia liberal está cuestionada.

Pensar lo que viene

En este marco decidimos, junto a diferentes aliados, una serie de acciones: lanzamos un podcast, llamado “Pecados capitales”, por Futurock; elaboramos una base de datos bibliográfica sobre crisis y colapso de la democracia, que estará disponible en breve, gracias al apoyo del CIECTI, y, junto a *Le Monde diplomatique*, estamos publicando en la web una serie de notas elaboradas por destacados especialistas que buscan pensar el ascenso de la extrema derecha en Argentina, poniéndolo en el contexto global, incluidas en el presente Suplemento Especial de la edición de octubre.

El objetivo es comprender para afrontar y confrontar. Asumir realidades amargas. Crear ficciones políticas de que somos extraordinarios, nunca nos hemos equivocado, la gente ama a los dirigentes, y un larguísimo etcétera, es un lógico mecanismo de defensa ante el dolor de cómo los errores y la confrontación interna erosionaron la mayor parte del entusiasmo de 2019. Asumir los hechos y la manera en que la sociedad percibe los hechos es condición *sine qua non* para poder dar con alguna eficacia la batalla.

Cuando quisimos alertar sobre lo que venía, algunos nos catalogaron de pesimistas. Pero hay que aclarar que ni los más pesimistas creímos que podíamos llegar hasta aquí. La pregunta es si “aquí” es un punto de no retorno, donde ya Thelma y Louise caerán indefectiblemente al abismo, o si hay una última chance para una reacción social que desborde las estructuras existentes y abra un escenario que permita que cierto optimismo tenga visos de realidad. Es necesario comprender qué está en juego, cómo se está jugando y el modo en que la pasividad es también una forma de acción, como ya hemos visto en otros capítulos de la historia. El llamado debe ser a construir la alianza social y política más amplia posible.

*Antropólogo social.

TENDER PUENTES CON EL ALMA POPULAR PARA CAMBIAR LA ECONOMÍA

El mangrullo de los necios

Javier Milei conecta con su público de dos modos. A nivel consciente, ofrece soluciones libertarias a problemas que vienen de antes de la pandemia: contra la cuarentena la libertad, contra la inflación la dolarización, contra la desocupación el emprendedurismo. Pero también se proyecta como una especie de “chamán” que, bajo la apariencia de un loco, absorbe anhelos y angustias populares y devuelve imágenes que permiten crear una identificación masiva.

Pablo Semán y Nicolás Welschinger*

Belén es una de las pocas mujeres que paran con su moto en la plazoleta de Diagonal 74 en La Plata a la espera de que entren las notificaciones en la aplicación de “Pedidos Ya”. Antes de la pandemia, ella ya combinaba su ingreso como cuidadora en un asilo de personas mayores con el pago por hora en la cocina de un restaurante del centro

de la ciudad, así que cuando llegó la cuarentena y el restaurante cerró sus puertas Belén decidió bajarse las aplicaciones de varias de las empresas de reparto y buscar la más conveniente. Siempre durante la mañana y la tarde, nunca de noche por seguridad, Belén fue aprendiendo cómo aumentar las horas que podía dedicarle al reparto sin descuidar su principal trabajo, ni el cuidado de su hijo. Para ella, la posibi-

lidad de “acomodar horarios” que le dan el reparto, la moto y la App, le permite disponer de flexibilidad para “entrar y salir” de la casa y organizar sus tiempos de modo que le permita “cuidar al nene cuando lo necesite”. De otro modo necesitaría pagar un transporte privado para la escuela y/o pagar a una niñera. No compensa.

El reparto en moto tiene, además de la flexibilidad de horarios y la posibilidad

de complementar ingresos, otros aspectos que Belén valora: puede ver, de inmediato, cómo rinde su esfuerzo, ese plus de energía y de horas que decide sumarle al día y que depende puramente de su voluntad. Ella es consciente de que en la moto corre muchos riesgos, que van desde caer en el ranking de la App y perder posibilidades de ganar más dinero, hasta sufrir un accidente sin tener seguro ni nada que la cubra. Pero para Belén esto se contrapesa con la posibilidad que el reparto le da de hacer rendir su esfuerzo en un ambiente laboral que no duda en definir como “competitivo”. “Para mí tiene muchos riesgos –nos explica– pero no son más altos que los de trabajar en una cocina, porque prefiero que me roben la moto a que me quede la mano en una sobadora; tengo la ventaja de alguna manera de ser yo y la aplicación, nada más. Depende de mí en definitiva porque yo nunca cobré una ayuda del Estado, en mi vida, ni es lo que quiero para mí”.

Por estos motivos, cuando en abril de 2023 vio en el grupo de WhatsApp que comparte con conocidos y amigos del reparto la convocatoria a protestar contra la votación del proyecto de ley de regulación

de los trabajadores de plataformas, Belén se subió a la moto y sin dudar se les unió en el reclamo frente a la sede de la Legislatura, en el centro de La Plata. “Se quieren manejar ellos –nos explicaba con indignación en referencia a ‘los políticos’– sin escuchar las preocupaciones de los que trabajamos todos los días en esto, ¿entendés? No tienen en cuenta nuestra libertad de decidir cuándo y cómo trabajamos para ganarnos la vida. ¿Por qué me van a decir a mí cómo tengo que generar mis ingresos?”. Ante esta situación, una conclusión de Belén adquiere valor de programa político: “No me jodan con derechos que te empobrecen. ¿Por qué nos tienen que regularizar a nosotros y no a los manteros, a los que están cobrando sin trabajar en el Estado, a los que laburan de cortar la calle?”. La idea, expresada por Belén pero cada vez más extendida en este sector, es la de “los derechos que empobrecen”, y pone en evidencia hasta qué punto prefiere ser ella misma quien “le encuentre la vuelta” al mercado competitivo.

La posición de Belén asume en su positividad una nueva situación desregulada del trabajo en el mismo movimiento que reivindica, autoafirma y se empodera, en las posibilidades de su fuerza para hacerle frente con éxito. Su postura sobre “los derechos que empobrecen” nace de esta coyuntura y se ajusta a una economía informal que crece al grito de liberar de las regulaciones estatales y sindicales las oportunidades laborales para “la gente de bien que quiere trabajar” y rechaza la humillación de recibir dinero estatal o la “ayuda” de un plan social.

El poeta vigoroso y el chamán

Javier Milei podría reclamar para sí la frase de su admirada Margaret Thatcher: “La economía es el método; el objetivo es cambiar el alma”. Pero en el sentido inverso, porque, mientras que Thatcher se apoyaba como método en la economía para desarraigar del alma los consensos del Estado de Bienestar laborista, el libertario procura como método tender puentes con un alma popular que ya cambió para transformar la economía.

Milei conecta con su público, sobre todo con su público más amplio, de modo consciente y también más allá de lo consciente. Su bronca, su rugido, su agresividad, su descripción de la casta, su desprecio por las instituciones que le dan sentido social a la democracia y su panoplia de explicaciones económicas que sintonizan con la experiencia y la intuición inmediata permiten adjudicar al candidato libertario, como explica Martín Plot, el carácter de “poeta vigoroso”, es decir de intérprete privilegiado del malestar.

De modo reflexivo –consciente– su discurso ha logrado anudar experiencias y narrativas libertarias en una temporalidad que va desde su emergencia como panelista televisivo, luego como candidato a las elecciones de 2021, al calor de la crítica a la cuarentena, y posteriormente, a la salida de la pandemia, como letal detractor de los devastadores efectos de una inflación incesante, exponiendo la incapacidad del “sistema de la casta” para contenerla. Su prédica recogió todos los temas que Juntos por el Cambio y el peronismo abandonaron o ante los que eligieron fingir demencia, y uno por uno se apropió de ellos para volverlos a presentar, para poder re-presentarlos de cara a la sociedad, bajo la forma ahora de soluciones libertarias: contra la cuarentena la libertad, contra la inflación la dolarización, contra la desocupación el emprendedurismo, contra la inseguridad el derecho a la libre defensa, contra el sistema de la casta el “que se vayan todos”. Así, al tratar no sólo de un modo crítico/reactivo sino también propositivo los problemas que la casta ne-



Nicole Eisenman, *Beasley Street*, 2007 (fragmento)

gaba o elegía ignorar, el discurso de Milei permitió a sujetos situados a lo largo y a lo ancho de la estructura social construir su experiencia, darle sentido inmediato a su práctica, hacer público algo privado.

A esta tesis se puede contribuir con un elemento complementario: el modo en que Milei conecta en un registro no consciente. Una observación de Carlos Pagni subraya algo que está más allá de la conciencia y las intenciones de Milei y que es profundamente constitutivo del fenómeno que encarna –nunca mejor que en este argumento esta palabra– el líder de La Libertad Avanza. Pagni señala, a partir de la entrevista del candidato con Alejandro Fantino, que Milei se emociona porque lo reconoció. “Milei, una víctima del hostigamiento, agradece exageradamente a quienes lo reconocen. Esa posición psicológica es extraordinariamente eficaz para la representación porque una parte de la sociedad se siente así. Víctima del ‘acoso’ de la dirigencia, de la política. Se observa que los mileístas en los focus eran tipos retraídos, tímidos, que cuando se mencionaba a Milei se encendían. Milei dice que cuando Fantino lo defendió del *statu quo* empezaron a aparecer los leones. Milei no es un león al que hay que seguir. Milei te hace león. A vos que estás cascoteado, sin destino, te transforma en una fiera”.

Claude Lévi Strauss ayuda a entender algo más a propósito de esta observación. Lo psicológico es social, pero no en un sentido banal de eximir de responsabilidades al “loco”, sino en un sentido menos habitual. El chamán, con sus particularidades, concreta compromisos simbólicos que serían imposibles sin su mediación. El cuerpo del chamán, que podría ser confundido con el de un loco, su desempeño más allá de su conciencia, son la pantalla que capta anhelos y devuelve imágenes para los “normales”. Milei, en tanto chamán, con su furia y sus excesos, su propia lucha interior por el reconocimiento y su trance es, además del que ayuda a reponer las coordenadas con un discurso consciente, el que ofrece una superficie para la identificación masiva. Esto es algo que ocurre más allá de que el mismo Milei intente lograrlo y, por eso mismo, se vuelve magnético, ya que pone en juego dimensiones más profundas, si se quiere más primarias y atractivas, del simbolismo social. El “poeta vigoroso” es también el brujo que puede interpelar el inconsciente colectivo.

Campamentos zombies

Para entender la situación que se ha creado luego del resultado de las PASO es

necesario tener en cuenta al menos dos cuestiones más generales que van más allá de las estrategias del kirchnerismo o el macrismo. Los 40 años de democracia han creado algo que podemos llamar la “sociedad política ampliada”, que es mucho más que los partidos políticos, sus dirigentes y sus militantes. También está compuesta por públicos estables de la política: pueden no ser muy extensos si se considera el total de la población, pe-

Su prédica recogió todos los temas que Juntos por el Cambio y el peronismo abandonaron.

ro son muy efectivos en la retroalimentación de la conciencia de los elementos más activos de la política como una referencia permanente e inmediata, a punto tal que pueden ser confundidos con el electorado. Además, forman parte de esa “sociedad política ampliada” los medios de comunicación, las consultorías y, hasta cierto punto, la mirada académica que se contamina de la inmensa atracción que ejerce el dinamismo, la intensidad, el volumen de la escena constante de la ópera de la política que funciona 24/7, los 365 días del año.

Hasta los actores económicos, que muchas veces poseen la distancia y los recursos que les permitirían auscultar la sociedad de una forma más realista, se dejan llevar por los datos de la “sociedad política ampliada”. En los últimos 20 años, los diversos bandos políticos han confundido su aceptabilidad electoral transitoria con una especie de crédito vitalicio, de formación de una planta permanente de “la política”. Y al mismo tiempo han confundido la posibilidad de llevar al gobierno sus puntos de vista con la construcción de la llamada “hegemonía”, que implica algo más profundo: haber ganado duraderamente los corazones y las voluntades de las personas. Los partidos y los dirigentes retroalimentan su mirada con la “sociedad política ampliada”, dando como resultado una solidez de la que en realidad carecen. Por eso, a la sociedad a veces no le queda otra que acogerse a la máxima rebelde: en el

cuarto oscuro no te ven. De ahí viene la realidad “imprevista” (el primer lugar de Milei) que hoy afrontamos.

Maquiavelo por Buster Keaton

La sorpresa en los cuarteles generales de Juntos por el Cambio y Unión por la Patria se parece mucho al lamento del rey que evocaba Charly García. Quienes asumieron la herencia de una tradición democrática y popular, igual que aquellos que prometieron una revolución de la alegría y soluciones rápidas, ingresaron en un círculo vicioso de incumplimiento y aislamiento respecto de la sensibilidad de la sociedad, del pueblo al que pretendían representar. Tanto que ni siquiera pudieron darse cuenta de lo que representaban para ese pueblo.

*Yo era el rey de este lugar
Aunque muy bien no lo conocía
Me habían dicho que atrás del mar
El pueblo entero pedía comida
No los oí, qué vil razón
Les molestaba su barriga
Yo era su rey, así lo dijo
Dios, yo era el amor, la luz divina.*

En los campamentos de Patricia Bullrich y Sergio Massa emerge con angustia una pregunta: ¿cómo interpelar a la sociedad? Es muy difícil responderla, porque no hay enunciadores legítimos de los pocos mensajes que puedan emitirse luego de haber gastado todas las palabras. Es muy difícil reclamar con éxito el lugar de la empatía y el amor cuando se ha participado de un ejercicio cruel, indolente e ineficaz de la acción política. En el caso del kirchnerismo, el problema es prístino. Las apuestas moralistas y al mismo tiempo polarizantes han dado el resultado polarizante y moralista que preconizaban, sólo que con un cambio: la sanción moral ha sido para el gobierno, y la polarización, como ya sucedió varias veces durante la experiencia kirchnerista, llevó a la construcción de una mayoría en contra. Maquiavelo interpretado por Buster Keaton.

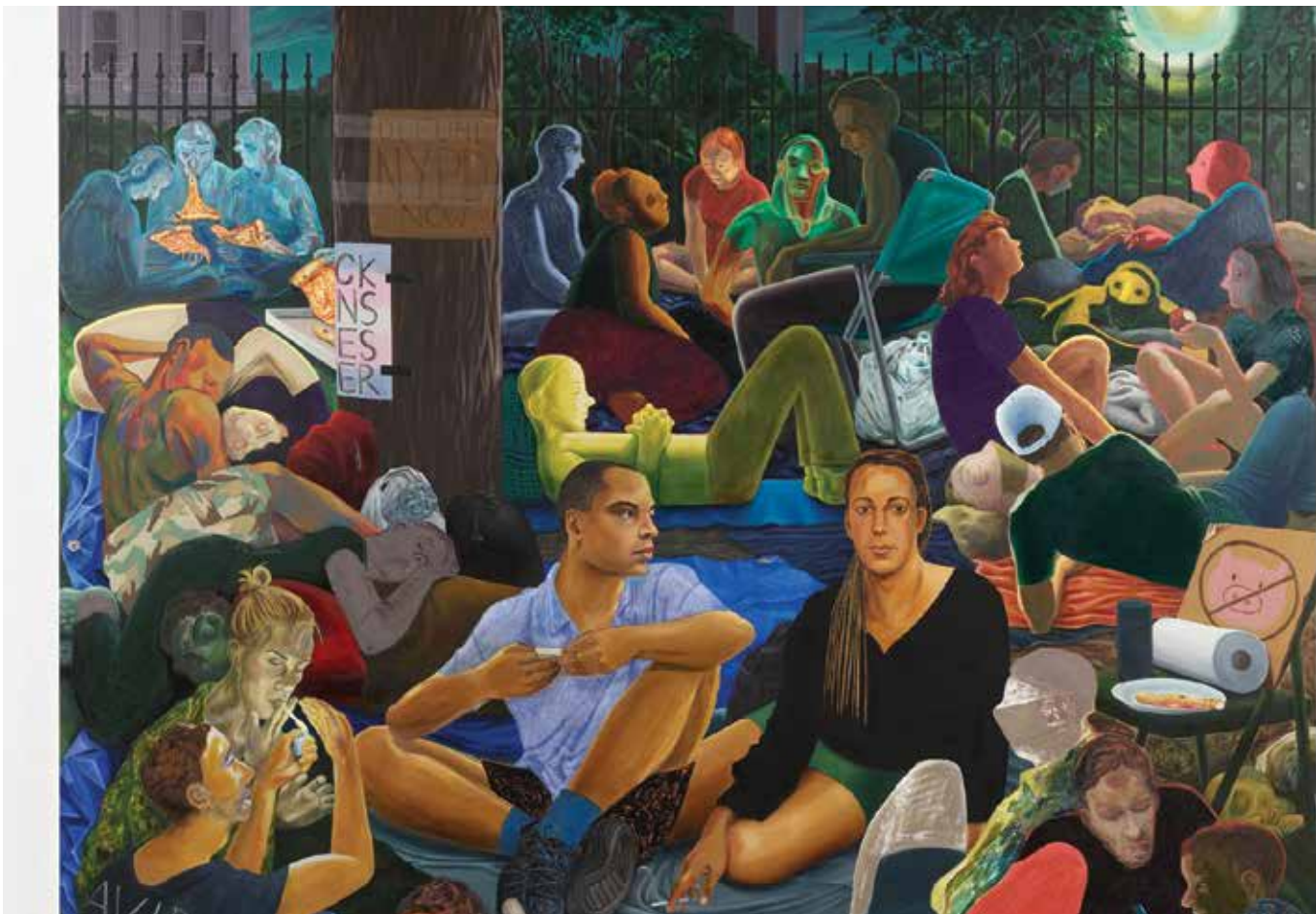
*Respectivamente: licenciado y doctor en Antropología Social, profesor en la UNSAM, su último libro es *Vivir la fe. Entre el catolicismo y el pentecostalismo, la religiosidad de los sectores populares en la Argentina, Siglo XXI*, 2021; licenciado en Sociología y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata, investigador del CONICET.

El ascenso de Javier Milei se explica por el agotamiento de la economía política de los dos protagonistas de la polarización de los últimos años, el macrismo y el peronismo. Y por la capacidad del candidato libertario de combinar su rol estelar de celebridad televisiva con los recursos retóricos típicos del *influencer* conservador.

¿CÓMO FUE POSIBLE LA EMERGENCIA Y CONSOLIDACIÓN DE UN OUTSIDER?

La derecha alternativa y el cuerpo del escarmiento

Gabriel Vommaro*



Nicole Eisenman, *The Abolitionists in the Park*, 2020 (fragmento)

“ Prefiero que me culee uno nuevo antes que los mismos de siempre”. Víctor, un hombre de unos cuarenta años, trabajador por cuenta propia en el rubro de la construcción, casado y con un hijo, con residencia en la Zona Norte del conurbano, me explica en esos términos las razones de su voto a Milei. Probablemente las lectoras y los lectores de este artículo hayan escuchado estas semanas expresiones similares. Antes, Víctor me dijo: “Estaba entre la Vieja y el Peluca”. “La Vieja” es Patricia Bullrich y, para Víctor, forma parte de “los mismos de siempre”. Lo que “el Peluca”, Javier Milei, llama “la casta”. Víctor es techista y trabaja por cuenta propia junto a su hermano menor y otros dos aprendices. Durante la pandemia, estuvo cuatro meses “parado” y consumió todos sus ahorros. Así pudo vivir y comprar semanalmente mercadería para distribuir entre sus colaboradores. Volvió a trabajar una vez pasada la etapa más dura de las restricciones, pero al tiempo sintió que la inflación hacía cada vez más difícil organizar su trabajo, preparar presupuestos y, eventualmente, ganar dinero. “Antes de irse van a romper todo; que lo hagan, pero que se vayan y no vuelvan nunca más”, dice Víctor sobre el gobierno de Alberto Fernández y sobre el peronismo. Su bronca es pausada, meditada, elaborada durante años de crisis y alta inflación.

Para Víctor y tantos otros “pequeños” (cuentapropistas, informales, comerciantes de proximidad), Milei apareció como una salida ante el fracaso de “los mismos de siempre”. Durante las últimas décadas, primero el peronismo y sus aliados, más tarde el PRO y sus aliados, construyeron coaliciones electorales que dominaron la escena y lograron estructurar identidades y votantes fieles. La polarización parecía ser el antídoto a sus fracasos: ante las imposibilidades de una, la otra emergía como alternativa. Los efectos desorganizadores de este fracaso terminaron por romper esa estructura y por abrir el espacio para un *outsider*. Pero no cualquiera, sino alguien que “pusiera el cuerpo” como lo hace Milei. El cuerpo es fundamental en su construcción política. Una de las pocas materialidades que lo sostiene. Milei le puso el cuerpo a la crisis, a la rabia contra “la casta”. El cuerpo de los pequeños: seguridad y armas. Pero también el cuerpo que une a los pequeños con los grandes de la economía informal, financistas y bitcoineros: dolarización y anti-Estado.

Este texto no se enfoca en los votantes de Milei ni en sus militantes, sino en el contexto que favoreció su crecimiento y en la estrategia política que el candidato de La Libertad Avanza (LLA) llevó a cabo para aprovechar ese contexto. En lo que

sigue desarrollo dos ideas. La primera: que la larga agonía de las dos economías políticas fallidas terminó por transformar la estructura polarizada de la competencia en un enfrentamiento con pies de barro. La segunda idea: que este terreno propicio fue aprovechado por una figura que es hija de la Argentina reciente: celebridad televisiva forjada en el escenario mediático por antonomasia de la polarización reciente (“Intratables”); *influencer* conservador construido como predicador en el terreno más débil de la vida política argentina (la economía); líder de un haz de grupúsculos y cuentapropistas políticos que dan a su etiqueta (LLA) el rasgo de construcción desorganizada que combina bien con los tiempos económicos, y a la vez augura el abismo político de la Argentina que viene.

Agonía de dos economías

El fin del boom de las *commodities* significó un desafío para los países de América Latina que habían gozado de recursos extraordinarios en buena parte de la primera década del siglo XXI, en especial para los gobiernos progresistas, que utilizaron parte de esos recursos para robustecer políticas de redistribución y de inclusión. En Argentina, el fin del boom de las *commodities* significó el inicio de un lento declive de su economía: aumen-

to de la inflación, dificultad para obtener divisas para apalancar la producción industrial y el consumo interno, incremento del déficit fiscal y de los problemas asociados con infraestructura y servicios públicos... Cristina Fernández de Kirchner terminó su segundo mandato con una economía en dificultades y con enfrentamientos con la mayor parte de los sectores empresarios. Sin embargo, logró llegar al final de su gobierno con una inflación relativamente controlada y con el consumo y los salarios en niveles altos, en especial en relación a lo que sucedería durante la segunda mitad del gobierno de Mauricio Macri.

En efecto, Juntos por el Cambio llegó con la promesa de “cambio cultural” y “normalización de la economía” pero no pudo llevar a cabo ni una cosa ni la otra. Macri terminó su mandato con restricciones al acceso a dólares similares a las que existían cuando había asumido y con una inflación que duplicaba la heredada. En 2017, cuando dio a luz a su vehículo Unidad Ciudadana, Cristina denunció que el gobierno de Macri había “desorganizado” la vida de la sociedad. “Vengo a sumarme a este espacio, porque esta tristeza que recorre a la sociedad me conmueve también; no me parece justo que estemos sufriendo, no me parece justo que nos hayan desorganizado la vida así”, dijo en el estadio de Arsenal de Sarandí.

Esta potente imagen daba cuenta de la amenaza en la que comenzaba a convertirse el macrismo: desmembrar el orden kirchnerista sin ofrecer nada a cambio. En 2019, la reunificación del peronismo y sus aliados prometió volver a organizar a la sociedad. El gobierno de Alberto Fernández auguraba “volver mejores”, pero trajo más inflación y desorden político. Ciertamente, el endeudamiento heredado, la pandemia y el contexto internacional no ayudaron, pero el conflicto interno y los signos de desgobierno aumentaron la sensación de intemperie. Por primera vez probablemente desde 1974-1975, el peronismo no podía ofrecer ni orden ni consumo. Y justo en ese momento, Juntos por el Cambio, que podía intentar hacer olvidar su propio caos prometiendo también volver mejores (o al menos volver más veloces y agresivos), entró en una fase de conflicto interno. Las dos economías políticas fallidas y la desorganización interna de las coaliciones terminaron por minar sus apoyos justo cuando los dos campamentos marchaban hacia 2023 con la esperanza de volver a dirimir la elección entre ellos. Y en eso llegó Milei...

Entre celebridad e influencer

A diferencia de la nueva derecha *mainstream* del PRO, con una estrategia de construcción partidaria que implicó la incorporación de cuadros de partidos tradicionales y la articulación con organizaciones para-partidarias como fundaciones y ONG, el crecimiento de la derecha alternativa de Milei descansa hasta el momento exclusivamente en su construcción ideacional y en su aprovechamiento del sistema híbrido de medios (celebridad televisiva + *influencer* digital), que le permitió desplegar una performance anti-casta y una pedagogía anarcocapitalista. Milei no tiene partido ni soportes corporativos. Explícitamente rechazó iniciar la construcción de una organización propia cuando el envío de su bautismo electoral exitoso en 2021 lo llevaba hacia ese lado.

Hoy sus apoyos se reducen a un pequeño círculo de confianza dominado por su hermana y a un puñado de consultores y operadores políticos de ba-

jo conocimiento público. Del intento de construcción partidaria quedaron algunos grupos militantes con una esfera de acción reducida y una red nutrida de activistas digitales. Se trata en todos los casos de cuentapropistas políticos, igual que los políticos en disponibilidad que aprovecharon la ocasión para subirse a las listas legislativas de LLA. Ciertamente, hay que contar también entre los apoyos de Milei a buena parte del staff de economistas del *think tank* neoliberal CEMA, a cargo del manejo de la economía en los últimos años del gobierno de Menem. Ya sin el brillo de otros tiempos, sus miembros supieron sobrevivir a años de consensos adversos gracias a su plataforma académica inserta en el mundo de los negocios.

Las primeras apariciones mediáticas de Milei tuvieron lugar hacia fines del segundo gobierno de Cristina Kirchner. Fueron columnas económicas en diarios, con un estilo típico de consultor, baja dosis de ironía y mucho menos de bronca. En 2016 ingresó en el mundo audiovisual. A partir de una aparición exitosa –en términos de audiencia– en “Animales Sueltos” se convirtió en panelista frecuente en el principal varieté político de esos años, el programa “Intratables”, que funcionó como la puesta en escena algo grotesca de la polarización política: peronistas, cambiemitas y dirigentes de todo tipo representaban el antagonismo en tiempos televisivos, mientras crecía por fuera de la grieta una mirada irónica sobre sus protagonistas y sobre la política misma. En ese

espacio creció la figura de Milei. Con un uso inteligente de la picardía y el histrionismo, se fue convirtiendo en una figura pública, una celebridad mediática, que logró en meses lo que a otros políticos les toma mucho tiempo: alto conocimiento público en todo el país.

Milei se volvió no sólo un cómodo habitante del desordenado debate político mediático, sino que además, en poco tiempo, ingresó en el espacio público digital con una estrategia de lo que, en un trabajo con Gabriel Kessler y Martín Paladino, llamamos “*influencer* conservador” (1). Esta estrategia tiene tres componentes básicos: primero, la especialización en distintos tópicos de la agenda de la derecha alternativa enfocada en una larga lucha contra el “marxismo cultural” (en su caso, en el discurso económico anarcocapitalista). Este discurso, en contextos críticos como el de la crisis argentina de los últimos años, ocupó un lugar que a la derecha *mainstream*, incluso en la versión más radical de Bullrich, le quedaba lejos. Y también le permitió mantener una relación ambigua y a veces distante con otros componentes de la derecha alternativa que lo hubiesen colocado en una posición marginal en el debate público, como las críticas conservadoras a los avances en la agenda cultural, que el líder de LLA reserva para pequeños círculos de activismo, donde también despliega otros rasgos autoritarios poco visibles en su discurso público.

El segundo aspecto del *influencer* conservador es que, en un contexto de competencia entre potenciales *influencers*,

el éxito se logra combinando la especialización temática con el manejo eficaz de redes, apoyos *offline* y estrategias de

Con sus apariciones en televisión y en las redes, creó un sistema de referencias cruzadas que multiplicó su discurso.

autopromoción orientadas a la fidelización de los seguidores. Milei construyó un *claim*: “¡Viva la libertad, carajo!” y una marca asociada a atributos de fiereza y de bronca (el león). Con sus apariciones en televisión y sus apariciones en las redes, creó un sistema de referencias cruzadas que multiplicó su discurso, a lo que incorporó conferencias en diferentes lugares del país: las clases públicas del profesor *loser* al que nadie escucha como debería...

El tercer atributo de los *influencers* conservadores es el uso de un estilo polémico y descontracturado. Esto le permitió a Milei erigirse en vocero alternativo a los consensos culturales y de corrección política de época, así como aumen-

tar su visibilidad en redes. Milei desarrolló una performance de bronca a “la casta” con la que dio cuerpo al deseo de escarmiento de los “pequeños” y de los bitcoineros. Su actuación desenfadada hace verosímil el grito de “políticos hijos de puta”. Con este equipamiento, terminó de volverse un cuerpo representativo. Y logró anudar odio al Estado con odio a los políticos, la bronca de los precarios hacia los empleados públicos con el deseo de “romper todo”.

Víctor

Las desigualdades que profundizó la pandemia terminaron de fracturar una sociedad resquebrajada y, como vimos en el caso de Víctor, convirtieron a quienes debieron enfrentar la intemperie con poca ayuda del Estado en partidarios de una revancha contra “los mismos de siempre”, revancha que se lleva puesto al Estado y que, en su afán de romper todo, probablemente beneficie, primero, a los informales de arriba y a los ideólogos de este neoliberalismo 2.0 que hibernaban en el CEMA. Pero eso será asunto de otra etapa, cuando despertemos y Milei siga allí.

I. G. Kessler, G. Vommaro, M. Paladino, “Antipopulistas reaccionarios en el espacio público digital”, *Estudios Sociológicos*, 40(120), 651–692, 2022.

*Sociólogo y escritor. Su último libro es, junto a Mariana Gené, *El sueño intacto de la centroderecha, Siglo XXI*, Buenos Aires, 2023.

EL ODIOS COMO ESTRATEGIA DE COHESIÓN

¿Qué tienen en común el patriarcado y la ultraderecha?

En esta entrevista, Rita Segato plantea que es útil pensar las extremas derechas a partir del patriarcado ya que el fascismo se construye mediante la misma estructura: una hermandad corporativa que se consolida apuntando hacia un enemigo común, una víctima sacrificial que hay que destruir. También advierte que el crecimiento de estas fuerzas reaccionarias se nutre de la desilusión con la democracia.

Entrevista de Alejandro Grimson a Rita Segato*

Alejandro Grimson: Hace 20 años vos publicaste un libro que se llama *Las estructuras elementales de la violencia* (2003). Tengo una hipótesis y te pido que me corrijas. Creo que ese libro, cuya tesis es que el nudo de la violencia está originado en la estructura de las relaciones de género, está vinculado con la extrema derecha. Tenía ganas de que empieces explicando qué queremos decir cuando hablamos de estructura elemental de la violencia.

Rita Segato: Para pensar las nuevas derechas, que están en un momento de expansión, es útil hacerlo a partir de la estructura de género o patriarcado como sistema político, desarrollado justamente a partir de ese libro que has mencionado. El patriarcado no es una moral, no es una religión, sino un sistema político originario, es decir, fundacional, ya que

se encuentra en todas las sociedades, aunque en diferentes grados y con particularidades. El gran pensador teórico-político kurdo, [Abdullah] Öcalan, sostiene que fue en el fin del Neolítico que aparece la formación del patriarcado, es decir, la dominación de género. Yo llego a mi modelo de comprensión de esa estructura que llamamos patriarcado a partir de la constatación de que existen dos ejes que se hacen visibles cuando ocurre una violación. Un primer eje, el vertical, que es el más pensado, el más conocido, es la relación entre el agresor y su víctima, donde el agresor es el sujeto más moral de todos, en donde se manifiesta el carácter hiper disciplinador del agresor, ya que ve a la víctima como alguien que está siempre amenazando con desobedecer, amenazando con vivir una vida indisciplinada, amenazando con su sexualidad, con su cuerpo. Entonces él la reduce y la viola. Pero existe otro eje, igual

o hasta más importante, que es el eje horizontal, lo que en su momento llamé la fratria, la hermandad masculina, pero que hoy comprendo que se trata de una corporación. Es decir, aquello que percibí inicialmente como cofradía masculina tiene en realidad una estructura corporativa. Entonces, ¿cuál es la característica de una corporación? La lealtad corporativa es el valor primero al cual la corporación obedece. Es decir, por encima del valor de la propiedad, la dignidad o la vida misma. Para el miembro de la corporación masculina es más importante conservar su masculinidad que la vida. Por eso mismo, sin una lucha antisistémica radical que modifique el fundamento del poder que es el patriarcado, pensado como sustentado corporativamente, ninguna lucha o revolución va a ser capaz de conducir a las transformaciones que necesitamos para orientarnos hacia un mundo mejor;

ninguna llegará a destino. No es una cuestión del interés de una “minoría”, las mujeres en este caso. Es una cuestión de interés de la humanidad.

AG: Ese núcleo elemental de la violencia alimenta y es central para que puedan existir los Fasci de combattimento (1). Es decir, para que puedan existir los Bolsonaro.

RS: ¡Claro! El fascismo se construye así, mediante esa misma estructura. Una hermandad corporativa que se exhibe promoviendo la idea de que vale la pena ser miembro de esa fratria y se consolida apuntando hacia un enemigo común, una víctima sacrificial cuya destrucción es el proyecto compartido de la hermandad corporativa.

Un segundo tema sobre el que debemos reflexionar es acerca del robo de palabras y de tácticas que, formuladas inicialmente por el campo crítico, ahora son utilizadas raudamente por las nuevas derechas. Hoy la bronca es de las derechas, antes era nuestra. Pero es también importante entender la diferencia entre esas dos indignaciones, porque uno de los capitales políticos más importantes de la derecha es el contingente social que reclutan y seducen a partir de su situación de resentimiento, de rencor profundo. Es una obligación para las Ciencias Sociales, las Humanidades, para la Psicología y para aquellos que hoy conforman el campo crítico indagar y entender la fuente que alimenta dicho rencor.

AG: Es interesante, porque vos para hablar de las nuevas derechas y las extremas derechas primero hacés esta reflexión sobre y desde el campo crítico...

RS: Exacto. Este campo es crítico de los preceptos del capitalismo, que pueden resumirse en cinco: competitividad, productividad, cálculo de costo-beneficio, acumulación y concentración. Quienes

Nicole Eisenman, *Untitled (Portrait of a Man Wolfie)*, 2007 (fragmento)

pensamos que nuestro proyecto de vida y nuestra meta de bienestar y felicidad no coinciden con el proyecto histórico del capital, es decir, que la vida no puede ser regida enteramente por esos preceptos, son las personas que considero que constituyen el “campo crítico”. He hablado otras veces de lo que llamo “proyecto histórico de las cosas”, cuyo resultado es la cosificación de la vida y del propio sujeto deseante que transita ese camino, a diferencia del “proyecto histórico de los vínculos”, cuyo resultado es la reconstrucción de la comunalidad. De modo simplificado, podríamos decir que hay dos grandes proyectos: el de la cosificación de la vida y el de los vínculos. El campo crítico sostiene el proyecto histórico de la comunalidad y la amistad.

Imagínate el nombre “libertarios”: ¿qué robo de vocabulario! Es indignante la facilidad con que se puede robar una palabra. Detrás de esa operación hay una inteligencia que no debe subestimarse, que corresponde al antagonista de nuestro proyecto histórico. ¿Cómo proceden los antagonistas? Con su robo de vocabulario y estrategias: reclutan a sus seguidores, sus afiliados, sus adeptos entre las personas en cuyo corazón se ha anidado un enorme resentimiento y rencor producto de una insatisfacción justificada, comprensible. Ese extraordinario caudal de rencor que se encuentra allí, el odio puro que se ha soltado, surge de algunas grandes decepciones con las promesas de la

modernidad y la democracia. Hablamos de democracia, pero la democracia nunca deja de ser un proyecto; no hay una democracia a la que se ha llegado. Propongo pensar la democracia como un proyecto democrático, un esfuerzo de todos los días. Por consiguiente, hay que entender qué falló. Uno de los temas que vengo pensando es que el proyecto democrático convocó a la creencia de que todo el mundo podría tener un papel protagónico en la historia, es decir alguna parcela de poder, pero eso no se cumplió.

AG: *O sea hay una insatisfacción, una desilusión democrática, que no termina de encarnar.*

RS: La gente siente que algo que se le prometió no se cumplió. Esta lectura no la realizo únicamente desde el punto de vista económico, sino desde la plenitud del ser. Qué tanto del ser de cada persona, que la modernidad prometió y la democracia también, no se ha cumplido para la gente ni en las estructuras de los partidos, ni en las estructuras de los movimientos sociales... y se está llegando a una profunda antipatía con la estructura del campo estatal. A la gente sólo le han quedado las iglesias que, como sabemos, traen su proyecto político y se han instalado en los nichos del campo social abandonados por la ebullición y la vocación reflexiva del campo crítico.

AG: *Esa fractura es lo que habilita las extremas derechas.*

RS: Quien sabe aprovecharse de esto sabe muy bien que es algo de lo que se puede sacar rédito. El odio es útil porque todo fascismo cohesion a la gente mediante la construcción de una víctima sacrificial común o enemigo a ser disciplinado o destruido. Es una estructura casi primordial, basal como la del patriarcado. El odio colectivo se dirige hacia esa víctima, que configura la existencia de una agencia colectiva de poder fascista.

AG: *¿Está la opción de pensar otro proyecto, el proyecto Otro? Porque hay un debate. Chantal Mouffe dice que este es un momento populista, esto es un populismo de derecha y hay que proponer un populismo de izquierda. Otros dicen que hay que saldarse las deudas de la democracia y reconstruir el pacto democrático, por ejemplo.*

RS: ¿Sabés qué creo yo? Es necesario poder imaginar, representar y proponer otras formas de felicidad. Los pueblos nos enseñan cómo existen realmente alternativas. Lo que está sucediendo en Jujuy ilustra esto. Los pueblos de repente bajaron a la ruta de los lugares más recónditos: de valles de la Alta Montaña, de la Puna, del Salar, y las mujeres, que somos las sujetas del arraigo de la continuidad de un pueblo, explican por qué: están defendiendo otra forma de vida, otro camino histórico. Estos pueblos se quedaron ahí, porque quisieron quedarse ahí viviendo de otra manera. La comunalidad implica otras reglas de existencia, donde la reciprocidad tiene un lugar central. Un cosmos que no es el mismo que el de la linealidad histórica de los monoteísmos. Y otros modelos de felicidad.

Sin embargo, no podemos crear o imaginar otra forma de felicidad, lo nuevo, porque el lenguaje está fundado en alianzas que son corporativas. Este lenguaje heredado es el lenguaje patriarcal. El corporativismo es el mal de las instituciones en el presente. La gente hace alianzas corporativas, se ayuda corporativamente, con gran prescindencia de una preocupación por discernir entre lo justo y lo injusto. La policía, las Fuerzas Armadas, la Justicia, la academia.... Todas las instituciones están corrompidas por el corporativismo.

Todas las instituciones hoy están perjudicadas por un corporativismo que anida en su seno y que ha ido creciendo. La Justicia es imposible cuando la corporatividad de la institución la afecta. La lógica corporativa que sostiene la lealtad primero a los que son miembros de mi misma corporación es mortal para cualquier proyecto democrático. En los partidos lo mismo; los movimientos sociales lo mismo. Eso nos ha perjudicado mucho, sobre todo en América Latina, porque tenemos Estados muy frágiles. Creo que debemos pensar fuera de todas las estructuras que nos propusieron, y es muy difícil. ¿Cómo imaginar el mundo fuera de todas las estructuras que tenemos profundamente inculcadas? ¿Cómo vivir de otra forma? Para mí ésta es la gran pregunta, ¿cómo dirigirnos a otras metas de felicidad? Lo importante es entender que la vida se mueve, que la historia fluye y en ese fluir podemos incidir.

AG: *O sea que estamos ante una enorme dificultad y desafío. Por un lado, no se puede inventar un lenguaje de la nada. Por otro, en el lenguaje instituido, en el lenguaje heredado, patriarcal, no podemos crear lo nuevo.*

RS: ¡Claro! Estamos atrapados en lenguajes emanados del campo estatal: el lenguaje de los partidos, el lenguaje de lo que llamamos la política. Existe la política y lo político. La política, esa cosa endogámica donde la lucha es por el poder, a corto plazo, electoral. Y la creencia de que tomar el Estado, tomar el poder, puede transformar la sociedad es un error. Una sociedad Otra, transformada, será la que va a construir un Estado diferente, una gestión diferente. Lo político, por otra parte, transcurre a largo plazo entre la gente, retejiendo lo social de otra manera. Es eso que ha sido abandonado por el proyecto político del campo crítico, y que la lógica corporativa ha copado.

1. Organización política fascista italiana creada por Benito Mussolini en marzo de 1919.

*Respectivamente, antropólogo social y doctora en Antropología, teórica y activista feminista. Esta entrevista se difundirá en el podcast “Pecados capitales” de Alejandro Grimson y Pedro Saborido por Futurock.

UN CONCEPTO NECESARIO PARA TRANSFORMAR NUESTRO PRESENTE

El fascismo del siglo XXI

La definición del fascismo como práctica social, es decir como la proyección de los odios como estrategia para destruir la organización popular, es la que mejor permite comprender las derechas actuales. La incapacidad de identificar sus manifestaciones en el presente nos impedirá aprovechar los aprendizajes del fascismo del siglo pasado.

Daniel Feierstein*

Los conceptos son herramientas para acercarnos a la realidad. Buscan homologar elementos estructurales comunes en situaciones empíricas diferentes. Esto tiene una utilidad innegable, siendo una categoría fundamental del pensamiento. Con el concepto de “mesa” somos capaces de comprender

que objetos muy distintos (que difieren en sus materiales, su tamaño o su número de patas) pueden ser utilizados del mismo modo. Los conceptos de las Ciencias Sociales cuentan con más niveles, pero siguen la misma lógica. Utilizar el mismo concepto para un hecho del presente y otro del pasado no implica sostener que sean idénticos, sino juzgar que

contienen semejanzas estructurales que permiten aprovechar los aprendizajes del pasado para enfrentar los desafíos del presente. ¿Pasa eso hoy con el concepto de fascismo?

A partir de su surgimiento en la Europa de la primera mitad del siglo XX, el término “fascismo” ha tenido tres tipos de definición:

1) En tanto ideología: se caracteriza por el monopolio de la representación por parte de un partido único de masas, la utilización de proyectos mesiánicos, el culto personalista del jefe, la verticalización autoritaria de la sociedad, la exaltación de la comunidad nacional y la estigmatización de quienes no pertenecerían a ella o resultarían un peligro para su conservación, el desprecio del individualismo liberal, articulado con un profundo y violento anticomunismo, la postulación de orígenes míticos de la identidad nacional y su vinculación con objetivos de expansión imperialista, la construcción de un aparato de propaganda centralizado y basado en la restricción o eliminación de los medios opositores, entre otros elementos.

2) En tanto régimen de gobierno: tiene un carácter corporativo y vinculado al cuestionamiento de la democracia representativa liberal desde un modelo de conciliación y articulación de clases a través de las “fuerzas vivas” de la sociedad: empresarios, sindicalistas afines al régimen o creados desde el aparato estatal, estructuras militares o religiosas.

3) En tanto práctica social: da cuenta de un tipo específico de utilización de la demonización de los grupos minoritarios, de la exacerbación y proyección de los odios de los sectores medios, proletarizados o excluidos y la movilización política activa de los mismos (movilización reaccionaria), en tanto estrategia para destruir la organización popular y, particularmente, su expresión sindical.

Esta tercera definición del fascismo (como práctica social) resulta la más relevante para comprender las diferencias entre las prácticas de las “nuevas derechas” que se observan en el siglo XXI y el resto de las fuerzas políticas de derecha (liberales, conservadoras, etc.) que fueron dominantes a partir de la segunda posguerra.

Este conjunto de prácticas sociales fascistas se suele articular en el contexto de frustraciones socioeconómicas que se derivan de las recurrentes crisis del capitalismo y de una brutal redistribución regresiva del ingreso –mucho más pronunciada donde había existido cierta integración social a través de la creación de sectores medios significativos–. El fascismo busca saldar estas frustraciones y descontentos en modalidades de proyección hacia determinados grupos (migrantes, beneficiarios de planes sociales, miembros de distintas minorías culturales o de identidad sexual, pueblos originarios) a quienes se transforma en responsables de los sufrimientos de las “mayorías”.

Prácticas fascistas en Argentina

Entre las declaraciones punitivistas o xenófobas de la última década en Argentina encontramos un arco demasiado amplio, que incluye candidatos presidenciales o vicepresidenciales, secretarios de seguridad, gobernadores, legisladores. Figuras relevantes de la política o del periodismo utilizan cada vez más expresiones xenófobas, discriminatorias o punitivistas y buscan alentar reacciones sociales para dirigir el odio y las frustraciones económicas hacia los inmigrantes de países limítrofes, organismos de derechos humanos, sindicalistas, desocupados, receptores de planes sociales, militantes de partidos de izquierda o miembros de pueblos originarios.

Para identificar un conjunto de prácticas sociales fascistas no alcanza, sin embargo, con la persistencia o profusión de declaraciones, sino que es necesario que el carácter simbólico de dichas expresiones asuma materialidad. Esto también ha comenzado a ocurrir en nuestro país desde hace unos años. Campañas de delación y castigo (por ejemplo contra docentes que plantearon en sus clases la preocupación por la desaparición de Santiago Maldonado), intervenciones patoteriles de organizaciones de padres o vecinos en establecimientos educativos para impedir la implementación de clases de educación sexual integral, ataques de distinta envergadura a movimientos sociales, organización de “movimientos antipiqueteros” o de patotas civiles “anti-indígenas”, vandalización de monumentos conmemorativos a las víctimas del genocidio, instigación al ejercicio de “micro-violencias” en la vida cotidiana (gatillo fácil, justicia por mano propia, linchamientos, escraches, etc.), acrecentamiento del antisemitismo (aumento de ataques a sinagogas, cementerios o incluso a personas judías en la vía pública).

También se puede constatar en la actual campaña electoral desde la existencia de una fuerza política que reivindica el negacionismo del genocidio argentino y demoniza la actividad política y, pese a ello, ha resultado la más votada en las PASO de 2023, hasta una candidata presidencial que se lanzó con un spot donde, bajo



Nicole Eisenman, *Brooklyn Biergarten II*, 2008 (fragmento)

el lema “si no es todo, es nada” se acompañaban imágenes en las que se homologo como enemigos a adversarios políticos, dirigentes sindicales o manifestantes en acciones de protesta con acusados por causas de corrupción u operativos contra el crimen organizado (narcotráfico).

La interpelación de las “mayorías”

Este resurgimiento del fascismo en el mundo, la región y nuestro país, tiene causalidades profundas, entre las que se incluyen la desconexión de las izquierdas de su base social en los sectores populares y el abandono de un horizonte universalista, reemplazado por las “luchas de minorías” y una construcción identitaria victimizante. Esto deja afuera de su discurso a sectores significativos de la población. A ello se suma la desconexión de problemas cotidianos de esas mayorías como la inseguridad, el narcotráfico o las crisis identitarias.

No son pocos los varones blancos que se sienten nacionales de su país, pero no miembros de ninguna “minoría”, sea que vivan en Estados Unidos, en España o en cualquiera de los países de América Latina. Estos grupos no conciben que el único rol que les corresponda en la vida sea el de pedir eternamente perdón por acciones cometidas una o cinco generaciones atrás por personas que en muchos casos ni siquiera fueron sus familiares directos y cuyos beneficios no necesariamente pueden disfrutar o nunca han disfrutado.

Este quiebre temporal entre un discurso que construye “víctimas” y “victimarios” con eje en el siglo XIX, y se encuentra con los efectos del neoliberalismo en el siglo XXI implica una simplificación en la cual el bien y el mal se encarnan en identidades esencializadas. El bien o el mal no radican en ser hombre o mujer, blanco, negro o marrón, ni en tener tal o cual identidad sexual o religiosa.

Los estudios de opinión que intentan comprender el rápido crecimiento de estas nuevas derechas entre los jóvenes argentinos dan cuenta de este problema central: que ofrecen alguna respuesta (aunque sea simplista y paranoica) a un sector mayoritario que no se encuentra interpelado por el resto de las fuerzas po-

líticas al haberse desvanecido un planteo que haga lugar a estas realidades. Los nuevos conflictos, malestares y sufrimientos que vive la juventud contemporánea en modo alguno son los mismos de las juventudes de otros momentos históricos.

El fascismo busca saldar frustraciones en modalidades de proyección hacia grupos a quienes se transforma en responsables de los sufrimientos de las “mayorías”.

Hacerse la pregunta “¿por qué sufre un joven hoy?”, y comprender la variedad de sus posibles respuestas requiere recuperar la capacidad de escucha. Haberse planteado esa pregunta constituye el mayor acierto de las derechas neofascistas. Por el contrario, el resto del arco político no les habla a los jóvenes reales de esta tercera década del siglo XXI, sino que parece estancado en la juventud rebelde de los años 60 y 70 del siglo XX. Y los sectores más lúcidos recuperan a la juventud que emergió en la crisis del 2001, de la que sin embargo ya se cumplieron más de veinte años.

Si tiene algún sentido observar los puntos en común entre las lógicas políticas de estas nuevas derechas contemporáneas y aquellas que dieron origen a las experiencias fascistas europeas es poder pensar tanto en sus consecuencias, como en los modos de confrontar con ellas. Porque su capacidad de interpelación es llamativamente parecida. Y también lo es el rol del fascismo como “realización de la victoria” de los sectores dominantes, cuyo objetivo es barrer por varias generaciones la capacidad organizativa de los sectores popu-

lares y facilitar una profundización en la distribución regresiva de la riqueza.

¿Por qué son útiles los conceptos?

Jamás en las Ciencias Sociales se trata dos veces de lo mismo. La historia no se desarrolla nunca de modos iguales, pero eso no quita la obligación ética y política de poder aprovechar el pasado para actuar en el presente.

Si creemos que para utilizar el concepto de fascismo en el siglo XXI necesitamos observar a una persona de bigotes que alza el brazo y grita en alemán, si necesitamos un partido único que se identifique con una cruz esvástica y exprese su odio solo contra los judíos o los gitanos, poco habremos entendido acerca de la complejidad de las relaciones sociales y de la variabilidad de sus formas a través del tiempo. Es como si no pudiéramos identificar una mesa porque no vemos patas de madera talladas con esmero.

Es llamativo que sean dos humoristas argentinos (Saborido y Capusotto) quienes hayan logrado, a través de la sátira, el registro más temprano y profundo del problema con la creación del personaje de Micky Vainilla, un fascista “cool, para divertirse”.

En este siglo XXI el fascismo se presenta de la mano del nihilismo, de la ironía, del desencanto y el desenfado. Se trata de un fascismo mucho menos serio que el del siglo XX (porque toda expresión política es hoy menos seria). Es así que puede aparecer en los eventos de música electrónica, sostener que una pandemia es una invención política para dominarnos, organizarse para quemar barbijos en las plazas públicas o atacar a epidemiólogos o sanitarios. Eso no lo hace menos peligroso.

No ser capaces de identificar a una mesa como mesa sólo nos impide poder aprovecharla. Pero no ser capaces de identificar al fascismo como fascismo nos impedirá utilizar los dolorosos aprendizajes del siglo XX justo en el momento en que nos resultan más necesarios.

*Investigador del CONICET y profesor UNTREF/UBA.

EL SIGLO XXI, EL SIGLO DEL POPULISMO

América Latina: la derecha que aprendió a ser populista

Si en el pasado la derecha argentina era masculina, elitista, tecnocrática y usaba traje y corbata, un rasgo común la identificaba: su antipopulismo. Hoy la novedad, en Argentina y en el mundo, es que la derecha también se volvió populista: más plebeya y preocupada por conectar con el sentir popular, así como más agresiva y con una masculinidad exagerada.

María Esperanza Casullo*

Una certeza recorre el mundo: el siglo XXI es el siglo del populismo. No sólo eso, sino que, como quedó demostrado con el primer lugar de Javier Milei en las primarias del 13 de agosto, lo notable es la expansión de este repertorio a todo el espectro ideológico. En una región en la que el populismo era casi sinónimo de estatismo y conceptos como “justicia social”, ahora la derecha aprendió a ser populista. Adiós a los tecnócratas neoliberales con PhDs y roce internacional. Bolsonaro, Kast, Bukele, Milei: ésta es la nueva fisonomía de la derecha que combina la defensa de una desprotección económica radical (no es otra cosa que la “libertad individual” en un mercado completamente desregulado) con la defensa de modelos patriarcales de familia, la misoginia, y un discurso que descrea de la noción misma de derechos humanos inalienables. Todo eso comunicado a través de *performances* corporales histriónicas, de una agresividad y masculinidad paródicas y hasta *camp*. Comprender este proceso de aprendizaje y apropiación es fundamental para comprender la situación política actual del país y de la región, y su futuro.

¿Qué son el populismo y la derecha?

En mi libro *¿Por qué funciona el populismo?* definí al populismo como una narrativa política que centra la acción política en la relación entre un héroe popular y un villano. El carácter populista está dado por dos características: la explicación de los males sociales como *daño* causado por una persona o conjunto de personas, y el énfasis en la necesidad de que pueblo y líder se movilicen políticamente para derrotar a aquellos que los han dañado. Al discurso populista se le suma un “estilo” populista: Jair Bolsonaro posaba con armas largas y camisetas de fútbol; Nayib Bukele con gorra de béisbol; Javier Milei hace videos disfrazado. Los líderes populistas desarrollan maneras de hablar, vestirse y actuar en las que ostentan significantes culturales cercanos a lo bajo, lo vulgar y lo local en oposición a “la cultura alta”, lo culto, lo cosmopolita.

Las dos cuestiones están relacionadas: la explicación de sentimientos de injusticia o falta por un *daño* genera la urgencia moral necesaria para movilizar; la apelación a aquello identificado como lo bajo, lo vulgar –en definitiva, lo popular– le suma a la indignación moral un espíritu antielitista.

El populismo puede combinarse con una variedad de contenidos ideológicos, como el discurso tecnocrático, que presenta los problemas sociales como fallas de procesos abstractos que requieren conocimiento técnico para ser reparados. Existen izquierdas y derechas populistas y tecnócratas. La sociología política latinoamericana asoció populismo con regímenes nacional-popula-

res de izquierda, o al menos estatistas, como los de Vargas, Perón, Árbenz o Velasco Alvarado; lo mismo sucedió con la “ola rosada” de populismos de izquierda de principios de siglo. Sin embargo, lo novedoso del momento actual es la expansión continental de derechas populistas, que van desde Jair Bolsonaro a Javier Milei o Nayib Bukele.

El objetivo de este artículo es caracterizar la expansión del populismo de derecha. En la definición clásica de Norberto Bobbio (1985), la distinción reposa en un principio simple: la posición con respecto a la desigualdad social y económica. Levitsky y Roberts en su libro *The Resurgence of the Latin American Left* (1) actualizaron ese principio al señalar que los gobiernos de izquierda latinoamericanos de la primera década del siglo compartían el hecho de considerar la desigualdad como un fenómeno a eliminar, o al menos disminuir, mientras que la derecha la aceptaba como algo inevitable o incluso positivo. La cuestión es algo más complicada en la actualidad. La desigualdad material es sólo un aspecto de la desigualdad, y los procesos de fragmentación y heterogeneidad social hacen más difícil imaginar una política centrada solamente en el clivaje de clase. Posiciones frente a la clase, etnia, género, diversidad sexual, identidades religiosas o regionales se pueden combinar en múltiples posicionamientos que pueden ser más “de derecha” o más “de izquierda”. Entonces se trata de agendas que enfatizan ciertos tipos de igualdades y ciertos tipos de desigualdades.

Tal vez, paradójicamente, aumenta la polarización como estrategia de diferenciación justamente porque es más complicado definir qué es izquierda y qué derecha. Ernesto Bohoslavsky y Sergio Morresi señalaron en su ensayo *Las derechas argentinas en el siglo XX* un punto central en su análisis de la derecha nacional, que creo que puede extrapolarse a la región. Apuntaron que la derecha es esencialmente *anti-izquierda*: no es una defensa de la igualdad en abstracto, sino que en todo caso se asume que la búsqueda de la igualdad de la izquierda produce efectos nocivos e indeseables que deben ser evitados. En ese sentido, la derecha finalmente termina ofreciendo menos un programa coherente de gobierno que “un conjunto de reparos, ideológicos, *de iure* o *de facto* a las políticas y nociones igualitaristas” (2). Desde este punto de vista, es comprensible que la derecha sea, también, cada vez más populista.

Derecha liberal y derecha populista

Ningún país es más adecuado para explicar el proceso por el cual la derecha aprendió a ser populista que Argentina. Reconstruir la tradición “alta” y antipopulista de nuestros referentes políticos de derecha sería demasiado ambicioso para un artículo como éste; sin embargo, para simplificar el argumento puede decirse

que la élite económica y social se imaginó a sí misma como heredera de una tradición europea, cosmopolita, orientada hacia valores “occidentales” desde los inicios mismos de la nación. La otra cara de la moneda de esta orientación fue la desconfianza a todo lo que fue juzgado como vulgar, “grasa”, “groncho”, “marrón”, y un profundo rechazo (cuando no pavor) frente a la movilización política de los sectores “bajos”. Las lágrimas de emoción de Domingo Faustino Sarmiento al desembarcar en Francia, “cuna de toda civilización”, son el complemento necesario de su pavor frente al *gauchaje* movilizado.

Tal vez aumenta la polarización como estrategia de diferenciación porque es más complicado definir qué es izquierda y qué derecha.

El ascenso de los populismos nacionales y populares en el siglo XX argentino (radical primero, peronista después) reforzó esta tendencia antipopulista. Las diversas facciones de la derecha (liberal, nacionalista, federalista) pudieron confluír en su rechazo al populismo, que sirvió como una suerte de “mito negativo” que “trazó la frontera de la derecha después de 1955” (3).

Las diferentes facciones de la derecha fueron confluyendo también en un estilo político tecnocrático, elitista, de varones blancos de traje y corbata que buscaban transmitir solidez, “occidentalismo”, confianza. Abogado, ingeniero, ejecutivo, militar: se desplegaron a lo largo de cincuenta años diversas variantes de esta *performance* antipopulista de traje y corbata, de uniforme, de campera de carpintero y pañuelo de seda al cuello.

El estilo “alto” fue fusionándose progresivamente con el discurso tecnocrático y credencialista. (Se recorta aquí la figura de Álvaro Alsogaray, quien tuvo un rol estelar en esta transición, al sintetizar cuatro de estos roles en una sola persona: ingeniero, militar, economista y político.) En la década de los setenta, con el ascenso global del repertorio neoliberal, se llegó al que sería, tal vez, el arquetipo fundamental de este estilo antipopulista: el economista. Graduado en una prestigiosa universidad norteamericana, preferentemente con experiencia en un organismo o gran banco internacional,

fluida en idioma inglés y en el dialecto de la naciente globalización financiera, deseoso de explicar a las masas los males del populismo. El principal rol del economista-político frente a la sociedad era explicarle que ella debía aceptar la *necesidad del sufrimiento* material en el corto y mediano plazo. El sufrimiento cumplía un doble rol: primero, de eficiencia; luego un rol moral, como penitencia para las mayorías por su tendencia a dejarse arrastrar por la demagogia populista. Sobre todo era importante aceptar la imposibilidad o indeseabilidad de movilizarse por cualquier tipo de demanda o resistencia.

Durante varias décadas la derecha se orientó hacia este tipo de liderazgos. En los años recientes, sin embargo, encontramos el ascenso de otro tipo de referentes políticos de derecha: ya no Piñera, sino Felipe Kast o Franco Parisi; ya no Sánchez de Losada, sino Jeanine Áñez; ya no Cavallo sino Javier Milei. Los ganadores de la derecha han sido aquellos que han sabido romper con la imagen de traje y corbata, para adoptar otros rasgos que combinan tres elementos: *performances* de una masculinidad exagerada y hasta *camp*, *performances* de agresión (ya sea con armas, ya sea posando con fuerzas de seguridad, incluso participando directamente en hechos de violencia, sobre todo contra mujeres), y *performances* de “blanquitud”, en el sentido que le da Segato. Derechas mucho más plebeyas, identitarias, que buscan conexión con el mundo de lo popular a través de la farándula, la televisión, el mundo del fútbol, la cultura *gamery streamer* y que no sólo no rechazan la movilización, sino que la animan u organizan. Marchas anti vacuna durante la emergencia de COVID-19, intentos de tomar palacios legislativos, campañas de apoyo en redes, movilizaciones de base religiosa con la consigna “Con Mis Hijos No”: entre otras cosas, las derechas aprendieron el valor de la movilización pública en democracia.

El ascenso de estas nuevas derechas populistas puede explicarse, paradójicamente, por el propio éxito de la competencia democrática: las fuerzas de derecha, más tarde o más temprano, con mayor o menor resistencia, debieron abrazar finalmente la lógica de la competencia electoral. En una democracia electoral mínimamente funcional es imposible renunciar a movilizar, aunque más no sea, a una parte de las clases populares. Es obligatorio construir una coalición lo más amplia posible. Además, no es sencillo afrontar una campaña electoral con el sufrimiento virtuoso como única promesa. Es imposible hacer política de masas sin movilizar, sin generar afectos, sin emocionar. En este caso, la adopción de estilos populistas les ofrece a las derechas la posibilidad de generar coaliciones amplias que conecten apoyos de las clases pudientes con apoyos entre las clases populares. O sea, les permite ser competitivas electoralmente. Todo indica que, por eso mismo, los populismos de derecha llegaron para quedarse.

1. S. Levitsky y K. M. Roberts, *The Resurgence of the Latin American Left*, The Johns Hopkins University Press, 2011.

2. *Las derechas argentinas en el siglo XX: ensayo sobre su vínculo con la democracia*, 2011. Disponible en <https://www.ungs.edu.ar/wp-content/uploads/2012/09/iberoamerica-global.pdf>

3. *Ibidem*.

*Politóloga. Su último libro es, junto a Harry Brown Araúz, *El populismo en América Central*, Siglo XXI Editores, 2023.